

Prólogo

Corría.

Su corazón bombeaba sangre a gran velocidad. Una sangre hirviente de adrenalina. El bosque rezumaba una niebla espesa que difuminaba los pinos a ambos lados del angosto y embarrado sendero. Sentía el frío y la humedad en sus infantiles pies llenos de callos. Sus rodillas rozaban los helechos, apartándolos a su paso y esperando a ser apartados nuevamente por el compañero que iba a la zaga.

Con el paso de los días, habían ido cayendo. Uno por uno, la muerte los atrapaba. A Grohen, el más gordo, se lo llevó una seta venenosa. A nadie le sorprendió, pues tenía un segundo estómago en el lugar del cerebro.

Dirla quedó rezagada y murió a manos de los lobos silvestres. Lobos hambrientos, a juzgar por cómo se encontraron el cadáver. Corrían malos tiempos para el estómago de cualquier criatura. Tiempos de vacas flacas.

A Balut lo mató una caída de veinte metros: el lecho que se había improvisado sobre las ramas de un árbol se rompió mientras dormía. Nunca despertó.

Los demás fallecieron con la llegada del frío. Cuando uno caía enfermo, el grupo lo abandonaba a su suerte, más por la carga que suponía que por miedo a contagiarse. Nadie podía sobrevivir, solo y enfermo, en el bosque de los Colmillos Verdes. Así, de los diez adolescentes que tenían que ser iniciados, solo quedaban dos: Ysgon y él.

Ysgon era más rápido. Sentía su aliento a la espalda, y casi podía oír el latido de su corazón. Pero Derren no podía dejar que lo adelantara. Si eso llegaba a ocurrir, estaría perdido. Por suerte, la vereda era muy estrecha y la maleza formaba una tupida muralla prácticamente infranqueable a ambos lados. Tarde o temprano los pillaría. Era la única posibilidad que tenía de sobrevivir: sacrificar a su amigo.

Una acuciante fatiga en las piernas empezó a pasarle factura. Eso y el fuego que oprimía sus pulmones. Con cada zancada notaba que se le hacía más difícil esquivar las raíces que emergían de la tierra, notaba que su vista se empañaba, que el aire le faltaba. Y notó el brazo de Ysgon, intentando imponerse para adelantarlo. No. No podía dejarle.

Aminoró el ritmo sin dejar de bloquear el camino. Necesitaba recuperar fuerzas para lo que se le venía encima. En breve estaría solo. Solo frente a la bestia.

– ¿Qué haces Derren? ¡Corre!

– No puedo... Más...

– ¡Pues aparta!

Ysgon intentó empujarlo a la desesperada, pero se zafó. Derren se dio la vuelta para mirarlo un segundo, aún corriendo. Tenía que elegir. O Ysgon o él. Ysgon era más rápido, pero tenía menos fuerza. No podría matar al cerbero. Huiría. Volvería al pueblo con las manos vacías y los suyos se encargarían de matarlo. En realidad, no tenía elección. Sólo había una salida.

Derren se apartó levemente para dejarle pasar, hundiéndose parcial y brevemente en la maleza. Cuando su amigo pasó a su lado, algo empujó su pierna. El instinto. El inesperado obstáculo hizo que Ysgon cayera cuan largo era, de bruces al charco de barro y hojarasca. El chico alzó la cabeza rápidamente, sin entender. Miró a la maleza, de donde provenía la pierna, y sus ojos se encontraron.

Jamás olvidaría su cara embarrada pidiendo auxilio. Jamás olvidaría su mirada llena de pavor. Jamás olvidaría su traición. Pero era la única salida.

El cerbero lo alcanzó en un parpadeo y sus colmillos se clavaron en sus piernas. Ysgon pegó un alarido de dolor que le heló la sangre. La bestia le arrancaba la piel a mordiscos. Las fauces de una de las dos cabezas le arrebataron un brazo de cuajo. Lo que siguió fue el sonido más aterrador que Derren había oído hasta entonces: el crujido de los huesos de su amigo haciéndose papilla. Se quedó paralizado, escondido tras la maraña de vegetación, viendo cómo su amigo era devorado por su culpa. Pero era la única salida.

Las dos cabezas del cerbero parecían haberse saciado un poco, pues los mordiscos eran menos violentos y brutales. Era el momento. Tenía que aprovecharlo. De no hacerlo, él también moriría. Estaba seguro de que el cerbero podía olerlo. En cuanto acabara con Ysgon, vendría a por él. Tenía que actuar. Sus trémulas piernas apenas aguantaban el peso de su cuerpo, sentía que le iba a explotar la vejiga y veía cómo temblaban sus manos y la estaca que sostenían. Pero era la única salida.

Armado de la estaca y un valor que hasta entonces le era desconocido, se abalanzó sobre la bestia, clavándole el trozo de madera en el cuello. Lo atravesó de lado a lado. Tenía que cercenarle el cuello, pues cortarle una cabeza no acabaría con la otra. El cerbero ladró de dolor. Dos ladridos sincronizados. Y dos cabezas que se volvieron hacia él.

Pero Derren ya sabía que eso ocurriría. La adrenalina actuaba ahora en su favor, volviéndolo más ágil, más fuerte, más rápido. Sacó la estaca y volvió a clavarla, esta vez de arriba abajo. Notó como se hundía en la carne del enorme sabueso. Sus fauces babeaban la sangre roja de su amigo.

Una de las cabezas le golpeó en las costillas, tirándolo al suelo. El frío barro se pegó a su nuca. Un frío escalofriante. El frío aliento de la muerte. Se le erizó la piel. Las dos cabezas negras del cerbero se alzaban ante él y se acercaban lentamente. El chico reculaba, desde el suelo, ayudándose con los codos. Todavía tenía la estaca. Todavía tenía una oportunidad. Y al fin llegó el momento de la verdad. El momento que ambos esperaban.

El cerbero se abalanzó sobre él dispuesto a devorarlo con sus afilados colmillos. No tuvo tiempo para titubeos. Ni para pensar. Su brazo se movió por sí solo. Por instinto. El instinto de supervivencia. Su único guardaespaldas.

La estaca atravesó el cuello del animal, esta vez de abajo arriba. Las babas ensangrentadas le empaparon el rostro. El fétido aliento de la bestia le provocó unas náuseas incontenibles. Vomitó.

El peso del animal superaba a sus fuerzas. Soltó la estaca y rodó hacia un lado con suma dificultad. El animal respiraba aún, pero a duras penas, con dos apagados estertores. Derren arrancó la estaca de nuevo y terminó el trabajo.

De pronto, notó una cálida y húmeda sensación. Una sensación de gran alivio. Un alivio que venía de la entrepierna.

*

Derren abrió los ojos. Estaba empapado en sudor. La luz matutina iluminaba tímidamente la pequeña estancia. Apartó la manta y descubrió el habitual charco de orina.

– Mierda.